

ron semejante revelación, no he tenido valor de decir nada á nadie, ni aun á mi mujer.

„Hemos hecho tantos sacrificios para



sacar adelante este niño; hemos pasado tantas penas, tantas miserias y tantas privaciones juntos, que hoy me sería muy doloroso separarme de él.„

Todo esto era verdad, y si Maugeudre merecía que se le tuvieran compasión y

lástima, también inspiraba piedad el infeliz Francisco.

Colocado entre estos dos sentimientos rivales, el señor cura sudaba por cada pelo una gota, llamando en su auxilio las luces de lo alto.



Y de pronto, olvidando que Louveau había ido exclusivamente á pedirle su opinión, articuló con voz ahogada:

—Veamos, Francisco; ponéos en mi lugar: ¿qué consejo me daríais vos?

El marinero bajó la cabeza.

—“Yo bien comprendo que no hay más remedio que desprenderme de Víctor, señor cura.

„Eso es lo que he sentido, lo que me ha dicho mi conciencia el otro día, cuando Maugendre vino á sorprendernos con su visita.

„Me ha destrozado el corazón verle tan viejo, tan triste y tan acabado.

„Me avergoncé en su presencia, como si tuviera guardado en mi bolsillo dinero que á él le hubiesen robado.

„Ya no me era posible por más tiempo soportar yo solo este secreto, y he venido á decíroslo.”

—“Y habéis hecho perfectísimamente bien, Louveau, dijo el señor cura, encantado de que el marinero mismo le diera una solución.

„Nunca es tarde para reparar una falta.

„Os voy á acompañar á casa de Maugendre.

„Se lo confesaréis todo.”

—Hoy no. ¡Mañana, señor cura!

—No, Francisco; en seguida.

Y viendo el dolor del buen hombre y cómo entre sus manos convulsivas había

hecho una torcida de su gorra, le dijo en tono suplicante y con débil voz:

—Os lo ruego, Louveau; supuesto que estamos los dos decididos, nunca mejor que ahora.

